



Por el **élder**
David Cabrera García

Liahona
MÉXICO

El almacenamiento en el hogar

Una de las amonestaciones que los profetas actuales nos hacen tiene que ver con nuestro bienestar temporal. Si bien el programa de bienestar de la Iglesia cubre varias áreas, en esta ocasión me gustaría concentrarme en una de ellas: el almacenamiento en el hogar. Considero que la falta de diligencia al cumplir con el almacenamiento en el hogar es causado por un entendimiento parcial o equivocado del asunto. Cuando se

nos invita a mantener una reserva de alimentos, agua, ropa y ahorros como parte de nuestro almacén familiar, es normal que pensemos en prepararnos para los tiempos de escasez que podrían presentarse. Pero el concepto es mucho más amplio que sólo eso. Al leer el Libro de Mormón aprendemos que los pueblos que seguían las palabras de los profetas y cumplían los mandamientos recibían prosperidad en todas las cosas. Mi suegro solía decir que en



un tomate se podía ver la abundancia con la que nuestro Padre Celestial y Jesucristo habían creado la tierra, al ver la cantidad de semillas que contiene y cómo cada una de ellas tiene el potencial de llegar a ser una planta de tomate. De este análisis me gustaría concluir que el almacenamiento en el hogar no sólo nos brinda tranquilidad para el futuro, sino que también fortalece nuestro presente al permitirnos vivir en abundancia, además de ser una oportunidad para mostrar gratitud a nuestro Padre Celestial por todo lo que nos da y de lo cual Él nos hace mayordomos (D. y C. 104:13-18).

Similar a la parábola de los talentos, el Señor espera que multipliquemos nuestras bendiciones y tengamos en nuestro hogar un almacén con los recursos indispensables para preservar la vida por un periodo mínimo de tres meses, y preferentemente de uno a dos años. Este almacén proporcionará tranquilidad y seguridad a todos los integrantes de la familia, especialmente a las madres, quienes normalmente actúan como mayordomos de los alimentos, la ropa, el agua y demás recursos. Estoy seguro de que cuando los profetas nos invitan a cumplir con una tarea importante, como el almacenamiento en el hogar, ellos saben que con un poco de esfuerzo podremos lograrlo. El llamado de nuestros profetas para tener un almacén en el hogar no debe ser motivo de alarma por alguna catástrofe. Tampoco se nos pide contraer deudas para tener de un momento a otro las provisiones necesarias para dos años; pero poco a poco podemos apartar alimentos, agua, ropa, dinero y otros recursos básicos. Lo que sí se espera de nosotros es que cumplamos con esta tarea, mostremos gratitud por la oportunidad de ser mayordomos prudentes con los bienes que el Señor nos permite adquirir y, finalmente, brindemos a nuestra familia la

tranquilidad de saber que estamos obedeciendo la voz del Señor y que tenemos suficiente para vivir en el presente y en el futuro inmediato.◆

“Las vírgenes insensatas no tenían inconveniente en comprar aceite; sabían que deberían tenerlo, pero simplemente lo dejaron para más tarde, poniendo a un lado la hora en que el esposo habría de llegar... La medianoche es demasiado tarde para aquellos que hayan pospuesto su preparación..”

Spencer W. Kimball



Por el élder F. LaMond Tullis

Misionero de tiempo completo, Historia de la Iglesia en México

Rafael Monroy

(1878-1915)

Mártir del Evangelio Restaurado en México

Algunos miembros de la Iglesia tienen un lugar especial en la memoria familiar y local por su valor y fidelidad. Se trata de santos que dieron su vida durante los diez primeros años que siguieron al inicio de la Revolución Mexicana (1910). Ha pasado todo un siglo, y con él, cinco o seis generaciones de sus descendientes. Hoy pocos miembros de su linaje conocen la fe, la integridad y el compromiso de estos valerosos hombres.

Pero ése no es el caso de Rafael Monroy Mera, quien valientemente encaró a sus verdugos “con los calzones bien puestos”, según el relato de uno de los soldados presentes en su ejecución. Rafael Monroy es un personaje muy conocido por propios y extraños.

Su madre, Jesusita Mera, y su hermana Guadalupe eran agudas observadoras y escribían todo lo que podían. Su legado es muy abundante en frases, cartas, discursos, relatos, oraciones y crónicas, y ha fascinado a lectores, ensayistas, escritores, dramaturgos y cineastas, y pueblan enormes paneles del Centro para Visitantes de la Ciudad de México.

Durante la Revolución, una ola de intolerancia, crueldad, anarquía y derramamiento de sangre arrasó sin distinción a los pueblos más apartados del país. Primero, en la parte norte, los miembros de la iglesia estadounidenses asentados en las colonias de Chihuahua y Sonora evacuaron sus comunidades. Para agosto de 1912, la situación era grave también en el



sur del país, donde vivían más de mil seiscientos miembros. Muchos de estos Santos de los Últimos Días también tuvieron que abandonar sus hogares y, como en el norte, algunos perdieron la vida.

Tras el destierro del depuesto Porfirio Díaz, el nuevo gobierno de México estuvo encabezado por Francisco I. Madero. Desde la instauración del nuevo gobierno, Emiliano Zapata, que dirigía el Ejército de Liberación del Sur, presionó al gobierno de Madero a atender las demandas sobre la distribución justa de las propiedades y los derechos de la explotación de la tierra; pero Madero quería ser muy prudente para no lesionar los intereses de los terratenientes y los hacendados, que ya habían sufrido los estragos de la rabia de los revolucionarios. Luego Madero fue asesinado y Victoriano Huerta tomó el poder. El conflicto armado continuó por años en una guerra de facciones.

Durante esta guerra fratricida, las aldeas y los poblados eran frecuentes campos de batalla y una vez que caían en posesión de una u otra facción, los miembros de ésta descargaban su ira sobre todos aquellos que consideraban sus enemigos, fuera por razones reales o imaginarias.

Se tomaban represalias bajo cualquier pretexto, como el tener cierto apellido relacionado con familias hacendadas o en el gobierno, por sospechas políticas e incluso por convicciones morales y religiosas.

Los zapatistas se declaraban católicos radicales y estaban contra todo tipo de intervención extranjera, pues aseguraban que tal intervención era permitida por el gobierno de Díaz (Huerta había recibido apoyo del embajador estadounidense), era la causa de las injusticias económicas y sociales que instigaron la rebelión. Cualquier mexicano que se relacionara con algún extranjero o que profesara alguna religión proveniente del exterior era considerado un traidor y un enemigo de la patria. Así fue como, en 1915, en San Marcos, Hidalgo, los zapatistas tomaron el control del almacén de la familia Monroy.

Para los zapatistas, Rafael Monroy era un traidor y había de ser ejecutado, no sólo porque había renegado de la religión católica, sino que, al ser el presidente de la rama de la "iglesia mormona" en San Marcos (municipio de Tula, Hidalgo) era el líder de una religión extranjera. Por si fuera poco, el esposo de una hermana de Rafael Monroy, R. V. McVey, era

Página anterior: de izq. a der.: Bautismo de Rafael Monroy en el río Tula. Guadalupe Hernández de Monroy, Isauro Monroy, Rafael Monroy, Jovita Monroy, Presidente Rey L. Pratt, Lupita Monroy, Bernabé Parra, Jesusita Mera viuda de Monroy, María Carlota Monroy y Eulalia Mera. Esta página: de izq. a der.: Rafael Monroy, Ma. Concepción Monroy (hija de Rafael), Guadalupe Hdez. de Monroy (esposa de Rafael), Natalia Monroy de McVey, Jesusita Monroy, Jovita Monroy y Guadalupe Monroy. Página opuesta: Jesucita Mera de Monroy, madre de Rafael.



FOTOGRAFÍAS CORTESÍA DEL ARCHIVO HISTÓRICO DE LA IGLESIA.

un ciudadano estadounidense, y los misioneros extranjeros, incluyendo al presidente de misión Rey L. Pratt, frecuentaban su casa y su tienda.

Andrés Reyes, un vecino de los Monroy, y adherente a la causa zapatista, no sólo informó a los rebeldes que los Monroy daban provisiones a los soldados carrancistas (a quienes los zapatistas habían arrebatado el pueblo de San Marcos), sino que también difundió el falso rumor de que Rafael Monroy guardaba armamento en su bodega. Aunque no hay evidencia de ello, varios años después, algunos pobladores consideran que este infundio fue una represalia contra los Monroy por haberse unido a los mormones.

Los soldados zapatistas arrestaron a Rafael, sus tres hermanas y su primo Vicente Morales, quien era su primer consejero, y junto a otros dos ciudadanos de buena posición, los mantuvieron detenidos en una casa local que los zapatistas habían habilitado como prisión, y exigieron a Rafael las municiones que supuestamente guardaba.

Como tal armamento no existía, Rafael Monroy nunca pudo darles a los zapatistas lo que le pedían. Les dijo que las únicas armas que él poseía eran la Biblia y el Libro de Mormón, y les prometió que les daría ejemplares de los libros. Enojados, los soldados saquearon la tienda, pero no hallaron armas, tras lo cual, con la finalidad de hacerlo confesar, se llevaron a Rafael a un árbol grande de donde lo colgaron repetidas veces hasta que quedaba inconsciente, para luego aflojarle la cuerda y reanimarlo a fin de preguntarle si ya estaba dispuesto a confesar. Sin éxito, lo

devolvieron a la prisión improvisada donde, según recuerda su familia “no se veía nada bien”.

Esa misma tarde, el 17 de julio de 1915, presuntamente por órdenes de un oficial, los soldados llevaron a Rafael Monroy y Vicente Morales a un lugar no muy lejano, al parecer bajo el mismo árbol de la tortura, y los fusilaron. Ningún familiar presenció el acto. Sus hermanas estaban presas y los soldados ocultaron la información de su muerte a la madre y la esposa de Rafael. Mientras aún estaba detenida, Guadalupe, una de sus hermanas, oyó a un soldado relatar que se les había ofrecido clemencia a los dos hombres si renegaban de su religión extranjera y prometían ya no pervertir la patria con sus ideas. Rafael y Vicente explicaron que sus testimonios no les permitían negar su fe. Pidieron ofrecer una oración, a lo que los soldados accedieron. Acto seguido, Rafael se puso de pie, cruzó los brazos y dijo: “Caballeros, estoy a su servicio”. Entonces sonaron los disparos.

Nadie puede asegurar si los zapatistas de verdad habrían liberado a Rafael y Vicente de haber éstos negado su fe. El que no negaran su testimonio pese a las fatales consecuencias los convierte en mártires. La tumba de Rafael Monroy es un lugar sagrado donde cinco generaciones de sus descendientes y amigos, incluyéndome a mí, nos hemos detenido a rendir un profundo respeto. Agradecemos la fuerza de carácter y la convicción que estos mártires presentaron ante tan terrible situación en sus vidas trágicamente breves. ♦



Por **Silvino Mera Monroy**

Misionero de Barrio Tula, Estaca Tula México.

Conmemoración del *centenario* del bautismo de **Rafael Monroy**

El pasado 11 de junio se cumplieron cien años desde que Rafael Monroy Mera bajara a las aguas del bautismo en el río Tula junto a dos de sus tres hermanas, comenzando así el floreciente crecimiento de la Iglesia en San Marcos, municipio de Tula de Allende, al sur del estado de Hidalgo.

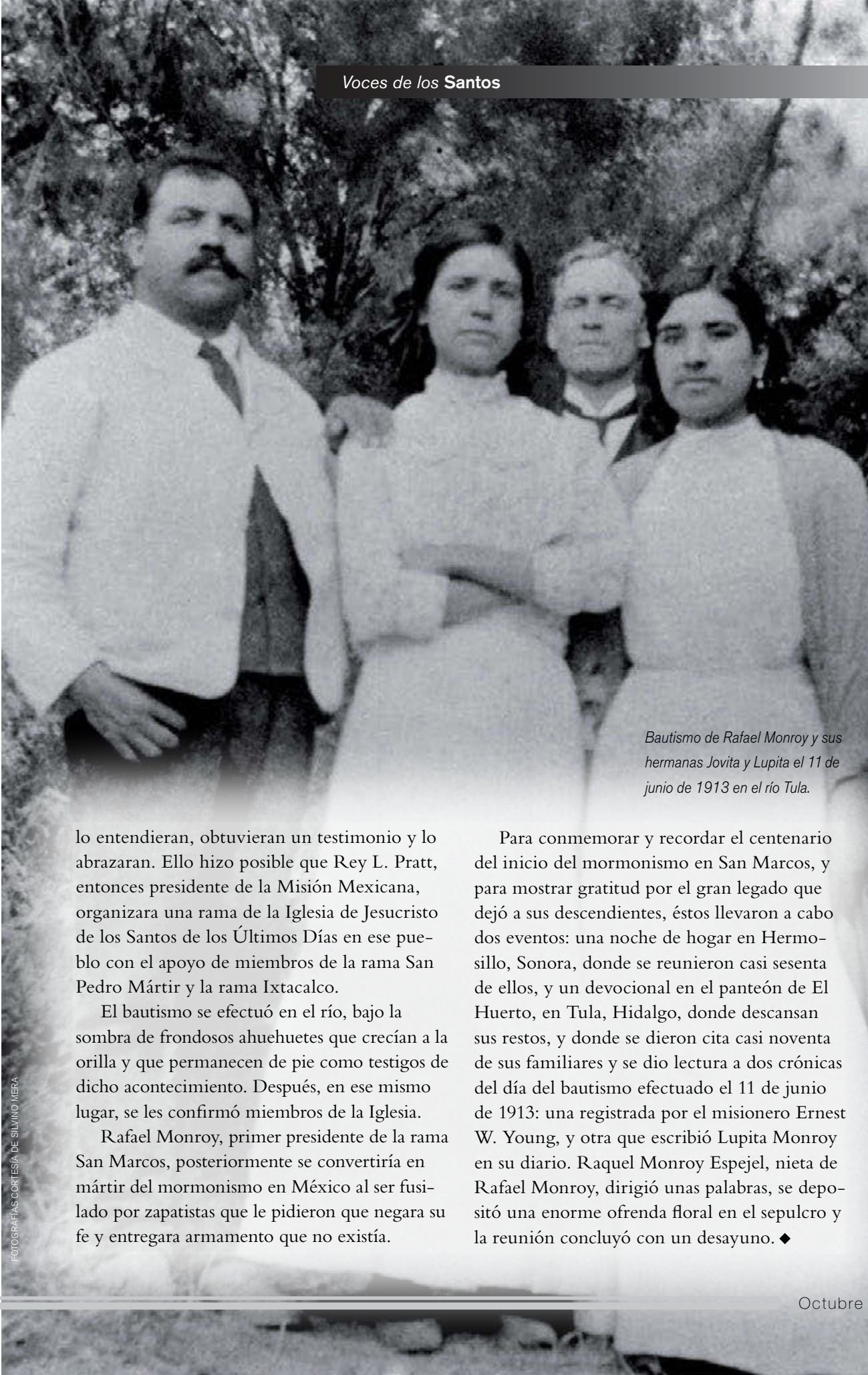
Hablar de Rafael Monroy es hablar de un hombre de cierta representación social de su tiempo, una persona de carácter formal y de firmeza, un hombre valiente y leal a sus convicciones que aceptó el evangelio restaurado gracias a dos misioneros, los élderes Ernest W. Young y Seth E. Serrine, que en 1913 llegaron a San Marcos buscando a Jesús Sánchez, quien ya era miembro de la Iglesia porque se había unido a ella en la Ciudad de México, pero que desafortunadamente había caído enfermo y falleció pocos días después de que los misioneros arribaron al lugar.

Familia católica, de mediana posición, instruida (las tres

hermanas eran maestras y Rafael había sido empleado del Gobierno del Estado, agricultor y comerciante en ese tiempo), aficionada a la música y las tertulias culturales, y poseedora de una tienda bien surtida, Los Monroy fueron elegidos para que los misioneros llegaran a su casa. Como lo hace cualquier misionero en México al preguntar en la tienda de la esquina, despertaron el interés de Jovita y Lupita por anunciar un mensaje que contenía el evangelio verdadero de la Iglesia de Jesucristo.

Las críticas y el chismorreó de la sociedad de Tula no impidieron que los Monroy, llegados de El Arenal, cerca de Pachuca, escucharan, aceptaran el evangelio restaurado,





Bautismo de Rafael Monroy y sus hermanas Jovita y Lupita el 11 de junio de 1913 en el río Tula.

lo entendieran, obtuvieran un testimonio y lo abrazaran. Ello hizo posible que Rey L. Pratt, entonces presidente de la Misión Mexicana, organizara una rama de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en ese pueblo con el apoyo de miembros de la rama San Pedro Mártir y la rama Ixtacalco.

El bautismo se efectuó en el río, bajo la sombra de frondosos ahuehuetes que crecían a la orilla y que permanecen de pie como testigos de dicho acontecimiento. Después, en ese mismo lugar, se les confirmó miembros de la Iglesia.

Rafael Monroy, primer presidente de la rama San Marcos, posteriormente se convertiría en mártir del mormonismo en México al ser fusilado por zapatistas que le pidieron que negara su fe y entregara armamento que no existía.

Para conmemorar y recordar el centenario del inicio del mormonismo en San Marcos, y para mostrar gratitud por el gran legado que dejó a sus descendientes, éstos llevaron a cabo dos eventos: una noche de hogar en Hermosillo, Sonora, donde se reunieron casi sesenta de ellos, y un devocional en el panteón de El Huerto, en Tula, Hidalgo, donde descansan sus restos, y donde se dieron cita casi noventa de sus familiares y se dio lectura a dos crónicas del día del bautismo efectuado el 11 de junio de 1913: una registrada por el misionero Ernest W. Young, y otra que escribió Lupita Monroy en su diario. Raquel Monroy Espejel, nieta de Rafael Monroy, dirigió unas palabras, se depositó una enorme ofrenda floral en el sepulcro y la reunión concluyó con un desayuno. ♦



Historia de la Iglesia en México

Historia de la Iglesia en México

Clases de la Historia de la Iglesia en México

Historias de Pioneros Mexicanos

Galería Fotográfica de Pioneros Mexicanos

Escribiendo su Historia



Por instrucción de la Presidencia de Área, cada quinto domingo de mes de este año se impartieron lecciones sobre la historia de la Iglesia en México, con el propósito de fortalecer el testimonio de los santos en nuestro país y para el beneficio de futuras generaciones. Todas las lecciones están disponibles en línea. Invitamos a todos los miembros a descargarlas, estudiarlas y honrar el legado de nuestros pioneros locales.

1. Cómo llegó el Evangelio y el Libro de Mormón a México.
2. La expedición del apóstol Moses Thatcher a la Ciudad de México en 1879.
3. Los colonizadores mormones en Chihuahua y Sonora.
4. La reapertura de la Misión Mexicana en 1901.

“Llevamos registros para ayudarnos a recordar, y desde la época de Oliver hasta el presente, se ha llevado un registro del crecimiento y del progreso de la Iglesia. Ese extraordinario registro histórico nos recuerda que Dios ha abierto de nuevo los cielos y ha revelado verdades que instan a nuestra generación a actuar.”

“Al mantener vivo nuestro pasado, él nos conecta con las personas, los lugares y los acontecimientos que componen nuestro legado espiritual y, al hacerlo, nos motiva a prestar mayor servicio, y a tener más fe y bondad.”

Élder Marlin K. Jensen

